

Un códice incomprendido

Salvador Rueda Smithers*

Constanza Vega Sosa y Michel R. Oudijk, *Códice Azoyú 2. El señorío de Tlapa-Tlachinollan. Los documentos de la región de la Montaña, Guerrero, México*, FCE/Conaculta-INAH/UNAM-IPF, 2012, XII+233 pp.

La historia reciente de los libros pictográficos del Virreinato temprano conocidos como *Códices Azoyú 1 y 2* y del *Lienzo de Tlapa* es tan azarosa como los actos del pasado remoto que registra. Uno de sus últimos capítulos data de 1940 y envuelve a personajes intelectualmente tan sólidos como Alfonso Caso, Salvador Toscano, y poco después, a Donald Robertson y John B. Glass. Pero la fuerza de estas personalidades en su entorno no sería sinónimo de seguridad ni de inteligibilidad de los documentos. Tenemos la tendencia a olvidar que los libros, como nos señala George Steiner, son vulnerables: “Pueden ser borrados o destruidos”. También rotos e incomprendidos. De hecho, antes de terminar

esa década, al libro indígena conocido como *Códice Azoyú 2* lo envolvió la engañosa nube del misterio y la leyenda. Fragmentado ya entonces, varias de sus hojas se perdieron para descansar ignoradas en una biblioteca, con la sospecha de que habían desaparecido junto con la vida del historiador Toscano entre el fuego y la afilada roca nevada del Popocatepetl conocida como el Pico del Fraile, en un accidente de aviación el 26 de septiembre de 1949. Se ligó entonces el supuesto contenido perdido del *Azoyú 2* a un debate tan áspero como desgastante sobre la incierta tumba del *tlatoni* Cuauhtémoc en Ichcateopan, al norte de Guerrero.

No menos escabrosa había sido la ruta que siguieron los tres documentos indígenas desde el pueblo guerrerense de Azoyú, en un ángulo del mundo, hasta las manos de los historiadores más reconocidos del INAH en 1940. Los que fueran textos pintados con la crónica de los sucesos de dos conquistas —la mexicana en el siglo XV y la española en el XVI—, de las formas de la tributación de los reinos vencidos y la posible prueba escrita de reconocimiento de los privilegios de un linaje de caciques indígenas de larga raigambre local, fueron presenta-

dos en medio de un rudo deslinde ejidal como prueba de cargo para alegar remotos derechos de una comunidad. La presentación en ese año de un documento virreinal para dirimir intereses tenía lógica moderna: se ajustaba a los lenguajes agrarios de la posrevolución, derivados de las inclinaciones de justicia social con lenguaje zapatista. Saber lo que esconden los códices *Azoyú 1 y 2*, el *Fragmento Humboldt* y el *Lienzo de Tlapa* requirió años de trabajo de tres generaciones de eruditos. Cierran la cadena estudiosos tan bien cimentados como los de 1940, con las mismas grandes luces, pero con la fortuna de ser sus discípulos: desfilan, entre otros, los nombres y distintas miradas de Xavier Noguez, Baltazar Brito, Joaquín Galarza, Luis Reyes, y, de manera destacada, Constanza Vega y Michel Oudijk.

De 1940 a 2012. En este lapso de setenta y dos años —desde su llegada al INAH hasta la aparición de esta edición— se tenía la idea de que el *Códice Azoyú 2* era una variante apenas formalmente diferente del *Códice Azoyú 1*. Los números de identidad eran una convención que distinguía estilos, pero no relatos; tampoco un orden de preeminencia. Se creyó que era

* Museo Nacional de Historia, INAH, Castillo de Chapultepec.

la misma historia pintada por dos o más manos posiblemente de manera contemporánea: básicamente, repetían hechos situados hasta el mediodía del siglo XVI. Como otros libros similares, sus signos referían a registros y conmemoraciones; se desconocían los argumentos que transmitían. No hay literatura: los dibujos “guiaban” la memoria y la interpretación. Pero para 1940 se sabía apenas lo mínimo para sus fichas de catálogo; esa casi ignorancia fue un importante primer paso. Los tiempos y modos de los Códices Azoyú son virreinales, a despecho de ajustarse a la tradición indígena de contar, medir y relatar; provienen de la provincia dominica de Tlapa, facturados hacia 1565 (coincidentemente casi en la fecha terminal de otro libro indígena mixteco, el *Código Sierra*, época de las reformas administrativas en las posesiones indianas del rey Felipe II). Los *Azoyú* son dos códices en forma de biombo, de papel de amate, que a primera vista se creería que transportan dos variantes de una sola historia.

Puedo empezar con que la presente edición con sellos editoriales del INAH, Fondo de Cultura Económica, Conaculta y la UNAM, desmiente aquella simpleza. También adelantar que el lector del estudio que aquí nos reúne se llevará una sorpresa al final: la sutil pero honda diferencia entre ambos códices. Permítaseme recorrer un camino un poco más largo para explicar esta singularidad. Particularmente luminoso es el recuento de Michel Oudijk acerca del significado de las imágenes que faltan, sobre las ausencias y sus alcances en la

perspectiva narrativa; paralelamente, el estudio de Constanza Vega dota de presencia a la pesadez de la relación entre dominante y dominado al dar al relato histórico-genealógico su carácter de pragmatismo político-administrativo.

La edición del *Código Azoyú 2. El Señorío de Tlapa-Tlachinollan* ofrece dos estudios con seis esclarecedores apéndices y las reproducciones facsimilares de los documentos pictográficos. Comienza esta publicación con los análisis del *Azoyú 2* y su ubicación circunstanciada por Vega y Oudijk, cada uno con un ensayo particular. El tronco pintado de contexto y circunstancia lo forman ocho pictografías: los códices *Azoyú 1* y *2*, los lienzos de *Tlapa*, de *Chiepetlán 1*, de *Azatepec-Citlatépec*, el *Código Veinte Mazorcas* y el código llamado *Humboldt Fragmento 1*. El método de exposición deja entrever las dificultades a las que se enfrenta la filología; una de ellas, no menor: aproximarse con verosimilitud a las maneras de pensar de culturas en proceso de cambio brusco y aun en extinción —como lo eran las indígenas mesoamericanas en el siglo XVI—. “Toda antigüedad es oscura”, escribió Tácito; no me parece que esta divisa resultara extraña a los afanes de Constanza Vega y Michel Oudijk.

En apariencia, los libros pictográficos tlapanecos no únicamente formarían un grupo homogéneo por sus características formales y cronológicas; tratan de historias genealógicas en código de difícil interpretación por los ojos modernos. Para poner en manos de lectores comunes el relato de esta

historia regional, nuestros estudiosos hubieron de correlacionar contenidos de otras pictografías y series documentales alfabéticas que refieren historias de linajes en una geografía que es un nudo entre la inclinada región de la Montaña y los hilos que forman el río Mezcala en su cauce hacia la costa del Pacífico, el laberinto de caminos de la sierra oaxaqueña hacia un lado y la cuenca de México hacia el otro. Se trata del “drenaje septentrional del Balsas” (como diría Robert Barlow) y la red de montes que forman la cintura mesoamericana. Como enorme remolino, ha sido, desde tiempos remotos, la encrucijada cultural de tlapanecos, mixtecos y nahuas.

Hacia el momento de la conquista, el paisaje agreste permitía la agricultura, pero no la vida tranquila; el sabio Robert Barlow describió así esta ruda frontera visible de la Mixteca: “La Provincia de Tlapa se extendía hacia el sur, hasta la guarnición de Tototepec. A ambos lados de ella había guerra continua: al oeste los inconquistados yopes de la región de Yopitzinco, y al oeste estaban los mixtecos de Oaxaca, con su capital Tututepec”.¹ Peter Gerhard explicó de esta manera el precario equilibrio —desigual e inseguro, como todos aquellos que se basan en la ley del más fuerte—: “en el momento del contacto ya tenían sus propios gobernantes, siendo Tlapa entonces un asentamiento

¹ Constanza Vega Sosa y Michel R. Oudijk, *Código Azoyú 2. El Señorío de Tlapa-Tlachinollan. Los documentos de la región de la Montaña, Guerrero, México/FCE/Conaculta-INAH/UNAM-IIF*, 2012, p. 6.

militar azteca y recolector de tributos, con un jefe militar designado por Tenochtitlan”.² También fue inconstante, como demostraría la historia de los primeros años que siguieron a la caída de Tenochtitlan, pues la llegada de los españoles se nota más como un palimpsesto que como una conquista: sustituyeron, en una zona de por sí permeable a la imposición, a los viejos dioses y sus rituales por otros, tal vez no menos atroces. Y de paso, lo que al parecer explica uno de los propósitos de estas pictografías: confirmar el pacto del nuevo poderoso con los gobernantes locales.

El cristianismo llegó sin conquista espiritual, tersa en casi todo, a excepción hecha en la destrucción de las imágenes y del fervor a los dioses vencidos, a las ofrendas de sangre de los sacrificios humanos y a la bigamia. La “gentilidad” —como se le nombraba en las crónicas a la historia anterior a la llegada de los cristianos— cambió los nombres de los dioses por los de los santos, y el paganismo se envolvió en metáforas ajustadas a las ceremonias vigiladas por la Iglesia. Pensemos en los resabios de ritos y fiestas que hoy parecieran a primera vista jirones incomprensibles llegados de un mundo sagrado elemental, pero que sin duda tuvieron una función social y religiosa evidente en la vida cotidiana de los pueblos agricultores, que bien se señalan en este libro, como las danzas de los *tecuanes* y los *tlacololeros* y su mezcla de danza de moros y ritual prehispánico, o la de la petición

de bienaventuranza y fertilidad a un roedor, o la de la representación femenina de la olla de los tamales, entre otras costumbres que han llegado al siglo XXI con un cierto sentimiento de excentricidad folklorizante, antesala de la extinción de una manifestación cultural. Vega y Oudijk explican la importancia simbólica del jaguar en la mentalidad indígena prehispánica, su relación con una ceremonia gladiatoria y su desdoblamiento en los signos del poder gobernante —por ejemplo, en la piel del felino como recubrimiento de los asientos de los caciques y sus consortes.

A manera de complemento, en estos ensayos se citan referencias a las fiestas consagradas a san Marcos Evangelista en los pueblos de Petlacala y Zapotitlán, del antiguo reino de Tlachinollan, que comienzan el 25 de abril, y que refieren al inicio de la temporada de preparación de tierras y siembra, según los estudios etnológicos modernos realizados en esa zona guerrerense, de terrenos agrícolas cerriles, de pueblos campesinos en los que el agua y la fuerza humana son el verdadero tesoro, la agricultura de técnicas rudimentarias y cosechas magras no reflejan las remotas dignidades, la enorme fuerza política de los señoríos, ni económica de las cosechas de oro.

Pero los placeres áureos que atrajeron al viejo Motecuhzoma —y tempranamente a Cortés— ya eran tan sólo un recuerdo al terminar el siglo XVI. Las *Relaciones geográficas* consignaron en 1582 que hacia la mitad de la centuria hubo “poblazón de muchos espa-

ñoles, porque fueron muy ricos, y, por quitarles los esclavos por mandado de su majestad, se dejaron de labrar y despoblaron”.

Regresemos veinte años, a los tiempos de la factura de los códices de Azoyú y del *Humboldt Fragmento 1*. No menos inestable debió ser la frontera invisible, aquella que marca los linderos de la identidad cultural que se manifestaba de manera pronta con los idiomas y sus variantes, la de las relaciones entre personas, barrios y linajes de distinta lengua, que explicaban en la antigüedad su existencia como decisión de los dioses indígenas y después como vasallos leales del rey español. No es posible saber cuándo se anudó la cohabitación de tlapaneas, mixtecos y nahuas —los *sami nuu*, “ojos quemados”, nombre que al paso nos señala Michel Oudjik para los nahuatlatoles, que con seguridad se remontaba a siglos que ya no quedaban en la memoria en 1565—. Citando a Una Canger, Constanza Vega informa que las lenguas mixteca y tlapaneca se hablaban en la región mucho antes de que llegaran ahí los hombres de Motecuhzoma Ilhuicamina. Algunas generaciones más tarde, en tiempos de Felipe II, explica Oudijk, la importancia de la legitimidad de los linajes familiares y de las alianzas matrimoniales entre los caciques gobernantes justificaría el ejercicio del poder y, a la larga, una longeva historia de cohesión social y de relativa paz, rota hasta la guerra insurgente y su abrumadora secuela del siglo XIX, y los pleitos por linderos ejidales de la posrevolución (hecho

² *Idem*.

que permitió el conocimiento y resguardo del llamado *Azoyú 2*, cuya historia particular no está exenta de dramatismo). Relativa paz, pues el conflicto —esta vez dentro de la misma familia en ese linaje quebrantado— envolvió la biografía del *Códice Azoyú 2* hasta 1940.

Hoy nos asombra uno de los efectos marginales del conocimiento de las historias que narran los códices y lienzos tlapanecos. Con la claridad del verdadero sabio la explica en la segunda parte de este libro Michel Oudijk. Se trata de la diversidad de las formas del registro temporal. Los anales pintados de los códices *Azoyú*, con registros cronológicos de tradición tlapaneca, podían ser leídos por las autoridades concededoras del náhuatl para prevenir la exactitud en la llegada de los impuestos al punto de acopio y de ahí enviarlos a Tenochtitlan. Para los modernos, Vega Sosa pudo calcular, con el enlace de dos fechas conocidas, la correlación entre cronogramas mexica y tlapaneca, y establecer, además —asunto que es clave para entender este grupo de documentos indígenas—, el ritmo del pago (y los montos estacionales), reflejo del carácter de la relación del dominio que exigía Tenochtitlan y ejemplo histórico del peso de la sujeción y su rápido traslado al dominio español. Vega establece convincentemente, con base en este criterio, que el final del mundo prehispánico llegó un día de los primeros meses de 1522, el año 3 Viento del calendario tlapaneco.

Vega Sosa escribió que “[...] los códices *Azoyú 1* y *Azoyú 2* y el *Humboldt Fragmento 1*, ha[n]

permitido conocer la existencia del reino de Tlapa-Tlachinollan, cuyo territorio se localizaba en la región central-este del actual estado de Guerrero. La capital de este reino estuvo constituida por la unión de dos pueblos: Tlachinollan (‘Lugar de los campos Quemados’) y Tlapa (‘Sobre el Rojo’). El reino de los “Campos Quemados” debió llamar la atención a los vecinos ambiciosos. Las pictografías tlapanecas y los registros de tributos de la Colonia temprana dan cuenta del tamaño de las exacciones que los tenochcas obtenían de Tlachinollan. “Cada folio —continúa Constanza Vega— muestra cuadrantes que contienen las cantidades de tributo en mantas de algodón y oro tanto en placas como en polvo. Además, hay representaciones de los cuatro meses en los cuales se pagaba el tributo: *Etzalcualiztli*, *Ochpaniztli*, *Panquetzaliztli* y *Tlacaxipehualiztli*.”

Tal era uno de los sentidos, el administrativo, de estos documentos. El *Códice Azoyú 2* y el *Humboldt Fragmento 1* constan de 15 folios cada uno, y de manera convencional es posible reconocer tres líneas temáticas: registros históricos prehispánico, colonial y tributario. Sus extremos cronológicos van de 1486 a 1565. Al inicio, la llegada mexica pudo tener los tonos de la catástrofe. Explicaba Vega que la lectura de los códices de Tlapa-Tlachinollan “indican que este dramático acontecimiento tuvo lugar el año 7 Venado o 1486, si se sigue la referencia de que el año 3 Viento sea 1521. Las fuentes mexicas registran el sacrificio de muchos cautivos tlapanecos para

la dedicación del templo de Huitzilopochtli, terminado por el tlatoani Ahuítzotl en su primer año de gobierno”. Sabemos también que la enorme cantidad de hombres sacrificados dejó una marca en la memoria y en los distintos registros escritos: los *Anales de Cuauhtitlán* señalan —sin que deba pensarse que tal fue la cifra real— que fueron 24 000 tlapanecos ofrendados. El dios terrible Huitzilopochtli dio voz a un pueblo temido: cada cien días se debían entregar cantidades bien establecidas de oro en tabletas y en polvo. En tiempos de Ahuítzotl se daba una tableta y media y tres cuadretes de oro; con Motecuhzoma Xocoyotzin aumentó a cuatro tabletas y diez cuadretes, además de cargas de mantas. El registro de este cobro se trasladó a los conquistadores hispanos y explica la rapidez con la que Hernán Cortés actuó para sujetar la provincia de Mar del Sur a los territorios del rey cristiano.

Con precisión filológica, la segunda parte del libro revisa discurso y fábula, esto es, mensaje y relato. El *Códice Azoyú 1* abarca una historia de 266 años, mientras que el *Azoyú 2*, una de 136 años, nos explica Michel Oudijk. En la introducción a su descripción (debo decir que es engañoso el título de “introducción”, normalmente usado para prefigurar la ruta de la explicación posterior, pero en este caso el del ensayo de Oudijk es una verdadera lección al estudio de las pictografías tlapanecas) recorre la forma y el contenido de cada uno de los ocho documentos pictográficos que forman este grupo de historias indí-

genas virreinales. Así mismo, lleva de la mano al lector a entender los secretos de la lógica de la escritura con imágenes. Bajo el rubro de “Unas convenciones pictográficas”, el investigador da algunas pautas para comprender la mecánica de comunicación gráfica. Con ejemplos de documentos pintados de distintas regiones, decodifica en nuestro favor nombres propios de personas y lugares, posiciones del cuerpo, adornos, signos y situaciones. Hay que recordar que no hay gestos ni retratos a la manera de la pintura de escenas históricas de tradición occidental —como los teleros franciscanos, los frescos o aun las series que relatan biografías o momentos importantes—; sin embargo, para quienes tocaba interpretarlos no debía haber equívocos.

Los signos sustituyen ademanes y discursos; tómese, si no, la explicación que hace Oudijk de la referencia al maltrato que aparece en el código de *Azoyú 1* y las conexiones entre la imagen y la lectura de la realidad que registraba el dibujo del personaje con vara del último folio y el documento resguardado en el Archivo General de Indias que el estudioso transcribe para la inteligibilidad de su interpretación. El código era similar para la tradición escriturística prehispánica. Tal es el caso también de las imágenes de los personajes del mundo prehispánico que portaban banderas, cuyo destino era la occisión ritual, o de los portadores de diademas llamadas *xiuhuitzolli* y sentados en los *tepotzoicpalli*, quienes sin duda representaban a los gobernantes.

Una sorpresa nos deja al paso Oudijk, para quien se interese y busque por un camino paralelo abierto por P. C. Nowotny y N. Van der Loo: los *códices mánticos*, en los que las posiciones de los números en los documentos pictográficos y el orden de las peticiones a los seres y fuerzas celestes dejan poco margen a la casualidad.

Para el caso de la lectura de las pictografías de Tlapa-Tlachinollan, a la iconografía la acompañan glosas alfabéticas que permiten reconocer a personajes y situaciones. Ello ha permitido, además, saber el propósito central del relato, o mejor, de los relatos: las líneas genealógicas de los caciques locales y las alianzas matrimoniales desde tiempos prehispánicos hasta ya bien entrado el Siglo de las Luces, que justificarían el reclamo de derechos familiares. Ese pertinente recorrido por las décadas de sucesiones y herencias a través de pinturas y escritos posibilita a Oudijk convencernos del contenido y del propósito originario de estos y otros documentos. Derechos familiares de una estirpe quebrantada —como otras y en otras orillas del mundo: me hace pensar en la razonable fantasía de Stefan Zweig en torno a la “historia como poetisa” y la insospechada debilidad del emperador Carlos V, o los dramas que pocos años después del relato de los documentos tlapanecas escribirían en la capital de la Nueva España Domingo de San Antón Muñón Chimalpahin (señalado por Vega y Oudijk) y, en la Inglaterra Isabelina, William Shakespeare, quien por ese entonces describió en alguno de sus dramas históri-

cos: “En nombre de Dios, sentémosnos en la tierra y contemos tristes historias de reyes muertos. Cómo algunos fueron depuestos, algunos muertos en batalla, algunos perseguidos por los espectros”; es decir, las pugnas entre gobernantes como naturaleza propia del ejercicio del poder.

Al cabo de cuatro siglos, paradójicamente, los códigos también se usarían como una suerte de títulos primordiales para respaldar derechos comunales en un contexto de conflicto social —como se puede conjeturar de su pervivencia hasta el siglo XX en manos del pueblo, y, en el caso del *Azoyú 2*, de su afortunada aunque equivocada utilización como prueba jurídica en un conflicto ejidal a la manera de la petición del Plan de Ayala sobre los títulos virreinales de los pueblos campesinos.

La interpretación histórica puntual de las pictografías —lo que a los manuscritos correspondería la literalidad— se vuelve entonces más compleja y de estatura humana. Las dificultades en la construcción y mantenimiento de linajes familiares —muy difícil, toda vez que no estuvieron ni están exentas de conflictos de intereses— son el escrupuloso límite de Oudijk para no denominar acartonadamente estos documentos como “genealógicos”; por la precisión que ello conlleva, el investigador prefirió llamarlo simplemente “listas de gobernantes”.

El nombre, me parece, es lo de menos; lo importante es, según nos informa al final de su texto introductorio, que establece el punto de partida para el estudio compa-

rativo de los diferentes documentos pictográficos y revelar sus más recónditos pormenores. Y el secreto podría esconderse tras un pequeño cuerpo de imágenes, entre ellas, las de los folios 34, 35 y 37 del *Azoyú 1*, de un posible maltrato por parte del cacique don Domingo Quapoltochin, acusado de agraviar y tiranizar a los macehuales de la provincia de Tlapa, lo que había tenido como efecto la migración de pobladores y sus efectos en el pago de tributos. Hacia 1557, 13 Viento del *Azoyú 2*, el cacique don Domingo fue destituido luego de un pleito legal que podemos adivinar desgastante; en 1565, en el último folio del *Azoyú 1*, era gobernador ya de Tlapa don Jerónimo de Guzmán.

El parecido entre los códices *Azoyú 1* y *2* es menos claro de lo que se supuso, ya que cada uno relataba dos puntos de vista divergentes y hasta opuestos de la historia dinástica de Tlapa-Tlachinollan. Con el apoyo de documentos resguardados en el Archivo General de Indias, en el General de la Nación y en el mismo *Lienzo de Tlapa*, Oudjik entretejió a las pictografías informes, actas resolutivas y con sentido común y descubrió una llaga profunda, quizá muy antigua, derivada de las fronteras invisibles entre tlapaneos y nahuas. Escribió:

Sin caer en un discurso étnico, hay indicios de que las diferencias entre las dos parcialidades fueron utilizadas en el pleito entre don Domingo y don Jerónimo, en el que el primero representaba la parcialidad nahua de Tlapa, y el segundo, la parcialidad tlapa-

neca de Tlachinollan [...] llama la atención la diferencia de estilo de los dos documentos. El *Azoyú 2* es muy cercano al estilo pictográfico nahua del centro de México, mientras que el *Azoyú 1* no lo es, y probablemente representa un estilo pictográfico local, dentro de la tradición pictográfica mesoamericana del Postclásico Tardío.

La carga simbólica de los dibujos de los gobernantes refuerza esta consideración. Presencias y ausencias, como característica de muchas pinturas portadoras de relatos; en el *Azoyú 1*, por ejemplo, no se representa el glifo de Tlapa, sino el de Tlachinollan, “como si estuvieran negando la existencia de la parcialidad nahua. Sin embargo, el *Azoyú 2* registra el doble señorío en el tercer folio y en el inicio de la lista de tributos”.

Para que los lectores podamos entender el contenido y el sentido de las pictografías, los especialistas recorrieron fondos documentales en los archivos locales y el General de la Nación, el de Sevilla, decenas de artículos y libros elaborados desde 1940 y contaron con el apoyo de otros estudiosos, pues el secreto de los códices radica en pensarlos en su compleja densidad cultural. Sólo puedo imaginar, al revisar la bibliografía y los recursos humanos y documentales, los años de trabajo de Constanza Vega y Michel Oudjik, quienes pudorosamente, sintetizaron sus esfuerzos en muy pocos renglones.

Y puedo imaginar también un eco lejano del conflicto de los caciques en el recuerdo nebuloso de la

fuerza que como halo rodea los documentos indígenas aun hoy. En este caso, la de los códices, en la defensa de los derechos de las parcialidades campesinas con identidades separadas. No es difícil que ello haya movido la entrega de los *Azoyú 1* y *2*.

Una última reflexión. A las dificultades manifiestas por los estudiosos en la disección de los raros documentos que avaramente nos ha legado el pasado, debe añadirse una fragilidad más; la de la vida misma. George Steiner advirtió sobre el silencio de los libros; su naturaleza es quebradiza. La mayoría se pierde con el paso del tiempo, y con ellos, los contenidos y memorias, los perfiles de la condición humana, las formas y las medidas de las cosas. Atestiguamos el carácter de esa fragilidad, que toca la fibra más honda de la historia. Es posible dar un ejemplo que sentimos muy de cerca. La recuperación de las hojas perdidas del *Códice Azoyú 2*, en 1992, se debió a una casualidad y al buen sentido de María Esther Jasso, directora de la Biblioteca Manuel Orozco y Berra de la Dirección de Estudios Históricos del INAH. El azar intervino por segunda ocasión y puso rápidamente el jirón de amates pintados en manos de Constanza Vega, investigadora de la misma Dirección. Frágil el libro pintado y frágiles las mujeres a quienes tocó regresarlo a su sitio. Nosotros, hoy, atestiguamos el portento y celebramos a los espíritus gloriosos, como no hace mucho pidió Antonio Saborit. Porque fuimos afortunados: Rodrigo Martínez Baracs,

Francisco González Hermosillo, Ruth Arboleyda, Esther Jasso y yo, entre otros, que vimos y compartimos con Constanza Vega su pasión en torno a los *Azoyú* y al

Humboldt Fragmento 1. A su estudio e interpretación dedicó sus últimos años de vida. Últimos, difíciles, pero fecundos años. Sólo puedo decir que, nuevamente, el

pudor de la historia, o la *historia como poetisa*, esa rareza que dobla los sucesos apenas perceptibles en trascendentes, jugaron en nuestro favor.

Los tres Fragmentos del Códice de Yanhuitlán*

Rodrigo Martínez Baracs**

Sebastián van Doesburg, Manuel A. Hermann Lejarazu y Michel R. Oudijk, *Códice de Yanhuitlán (1520-1544). Edición comentada y facsímil*, Oaxaca, Fundación Alfredo Harp Helú Oaxaca/Museo Textil de Oaxaca/Biblioteca Francisco de Burgoa de la Universidad

Autónoma Benito Juárez de Oaxaca/Biblioteca José María Lafragua de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla/Archivo General de la Nación, 2015, 123 pp.

las Bellas Artes de Puebla, de donde posteriormente fue integrada a la Biblioteca Lafragua de la Benemérita Universidad Autónoma de Puebla. En 1940, el entonces recién creado Instituto Nacional de Antropología e Historia, con el sello del Museo Nacional, publicó la primera gran edición del *Códice de Yanhuitlán*, con un amplio estudio preliminar escrito por el historiador Wigberto Jiménez Moreno (1909-1985), con el apoyo de Salvador Mateos Higuera (1898-1978); ése siendo el estudio más sólido sobre el *Códice* y su contexto.¹ Es una lástima que esa importante obra esté fuera de circulación.

* Una primera versión de esta reseña fue leída en la presentación de la nueva edición del *Códice de Yanhuitlán* realizada en la Biblioteca Francisco de Burgoa de la ciudad de Oaxaca el jueves 5 de noviembre de 2015, con la participación de María Isabel Grañén Porrúa, María de los Ángeles Romero Frizzi, Baltazar Brito Guadarrama y Sebastián van Doesburg. Leí una versión levemente corregida en la presentación de la edición en la Biblioteca Lafragua de la BUAP el jueves 4 de febrero de 2016, con la participación de Manuel de Santiago, Mercedes de Vega, Baltazar Brito Guadarrama y Michel Oudijk.

** Dirección de Estudios Históricos, INAH.

Es motivo de gran alegría para los mexicanistas la aparición de este importante libro, la nueva edición, nuevamente ampliada, del *Códice de Yanhuitlán*, hecha posible gracias al esfuerzo de varias personas e instituciones apasionadas por el estudio y el cuidado del patrimonio histórico de Oaxaca. Como es sabido, la parte más importante y conocida del *Códice de Yanhuitlán* (13 fojas pintadas por los dos lados) se encontró desde el siglo XIX en la Biblioteca de la Academia de

¹ *Códice de Yanhuitlán*, edición facsímil con un estudio preliminar de Wigberto Jiménez Moreno y Salvador Mateos Higuera, México, SEP/INAH, Museo Nacional, 1940.